

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 2 de Julio de 1921.

HEMEROTECA MUNICIPAL
Número 27.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La feria de las conciencias

Nunca la vi tan concurrida. ¡Qué animación! ¡Cuánta gentel...! ¡Y oíen que en España está hoy paralizado el tráfico! ¡Qué hay en aquel tablado que así atrae á la muchedumbre bien vestida! ¡Ah! Se rifan billetes para entrar en aquel barracón donde se exhibe una estatua hecha con el lodo de las calles, la *Desvergüenza*, que sirve de pitoña á los adoradores del dios *Negocio*.

¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!... ¡Quién da más!

Registrad los rincones de vuestra conciencia, y si tropezáis con un céntimo de honra siquiera, pujad sin temor; un céntimo de honra en estos tiempos es capital fabuloso.

¡Adentro, al barracón!

Nada de rubor en el rostro ni de flaqueza en el ánimo; alta la frente, orgullosa la mirada, resuelto el ademán... Así, así; que los cobardes, aun siendo llamados, no serán escogidos.

De pudor ni recato no hay que hablar; de esas antiguallas se burlan ahí. Entrad cínicamente, al natural, encueros... Así el oráculo os será propicio.

Pero ¿quién viene allí? ¡Pase, pase!... Estrechad las filas para que se adelante aquel abogadro de todos los asuntos sucios que dan dinero, y mientras más sucios mejor, porque producen más.

Y aquel político que se vende al precio que se cotice en la bolsa de la indignidad el papel de la traición.

Y todos aquellos escritores venales que van detrás, afocados, jadeantes, creyendo que van á llegar tarde.

Dejadlos adelantarse. Tiempo tendréis vosotros para seguirlos, degradados de segunda y tercera fila; tiempo, y migajas del espléndido festín: el dios *Negocio* es pródigo con sus adoradores.

Al entrar en el inmundo barracón que tomáis por templo, prosternáos devotamente; y cuando salgáis con los labios

manchados y la frente enlodada, pero repletos de oro, decidle á los necios que os apoyaron:

«Para medrar no hay otro camino que erguér al país, y una vez en la altura, acudir á esta feria pasándose la mano por la cara y la honra por los pies.»

Y á ver si al oírse se indigna de veras un día, trueca en ira su mansedumbre y acaba con vosotros á salvazos.

JOSÉ NAKENS

¡Cuánto hemos descendido!

Celebróse ayer miércoles en Madrid la anunciada solemne procesión eucarística, saliendo á las seis de la tarde de la iglesia parroquial de San Jerónimo, y recorriendo las calles de Felipe IV, plaza de Cánovas, plaza de las Cortes, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, Mayor, Ciudad Rodrigo, y plaza Mayor, donde desde las Casas Consistoriales se dió la bendición con el Santísimo, continuando después la procesión hasta la Santa Iglesia Catedral, en la que se hizo la reserva.

Cuantas Congregaciones, Asociaciones, Obras y entidades de todas clases, de carácter religioso, hay en Madrid; las Ordenes militares, Maestranzas, Cuerpo colegiado de la Nobleza, Diputación permanente de la Grandeza, representaciones de los altos Consejos del Ejército, Tribunales de Justicia, Centros docentes, Academias y ministerios concurrieron á la procesión, así como todo el clero de esta corte y los numerosísimos sacerdotes que de todos los puntos de España vinieron á la Asamblea eucarística.

La Diputación y el Ayuntamiento asistieron bajo mezas. La Custodia fué rodeada por todos los prelados que, al efecto, han venido á Madrid.

La Dirección general de Orden público y la Alcaldía ordenaron que á las cinco de la tarde de ayer quedara desalojada totalmente de público la Plaza Mayor, cerrándose en aquella hora todas las calles que dan acceso á la misma, á excepción de la de Girona, por la que se permitiera la entrada á las señoras assembleístas que llevasen la insignia correspondiente ó justificasen serlo; las personas que fueren provistas de un volante del teniente de alcalde del distrito para presenciar el acto desde las Casas Consistoriales y los vecinos de las casas de dicha Plaza, provistos igualmente del referido volante; quedando á las seis de la tarde totalmente prohibido el acceso por todas partes.

Aunque nos duela y nos avergüence, no podemos dejar de reconocerlo y confesarlo; la España de hoy está en una terrible decadencia en cuanto á las manifestaciones públicas de su indiscutible fe católica.

¡Qué diferencia entre la procesión de ayer y la celebrada en igual día de 1680, que preparó las almas de los madrileños

para fortalecer su fe con el grandioso Auto del día siguiente, en el que figuraron 120 reos, siendo unos condenados á azotes, otros á diferentes penas de cárcel y destierro, y 18 á ser quemados vivos, á la vez que treinta y tantos en estatua, unos por haber muerto y otros por haberse fugado!

Aquellos, aquellos eran espectáculos grandiosos dignos de esta religiosa nación. Para dar una pequeña idea del lujo y la magnificencia con que se celebraban, basta decir que en el Auto aquel figuraron 15 duques, 17 marqueses, 28 condes y 23 entre hijos y hermanos de esos nobles.

Los fieles que el miércoles recordaran en la plaza Mayor ambos espectáculos, ¡qué pequeños se contemplarían al compararse con los de antaño, católicos verdaderos, á macha martillo, sin trampa ni cartón!

Leo en el diario *El Mundo* de la Habana, correspondiente al 8 de Junio:

"OBREROS ESPAÑOLES EN LA MISERIA

Ambulan por nuestras calles en busca de pan y de albergue.—Suplican la intervención del Sr. Ministro de España.

La situación de una gran cantidad de obreros españoles en esta capital, es grave y desesperada.

Ayer pudimos ver á una gran cantidad de los mismos, frente al Consulado español, buscando la manera de gestionar sus pases para regresar á su país.

A otro grupo pudimos verlos ambulando por las calles de Luz y de Sol, en busca de alguna ocupación que les ofreciera algún dinero para atender á sus necesidades.

A propósito de este asunto vamos á insertar la siguiente carta que anche recibimos y cuya lectura recomendamos al representante de España en Cuba.

«Habana, 5 de Junio de 1921.

Señor Director de *El Mundo*.

Muy señor nuestro: en nombre de nosotros los desgraciados españoles que nos encontramos en la Habana sin recursos para marchar á nuestra patria, nos dirigimos á usted á ver si puede hacer el favor de llamar la atención á las autoridades, ó sea, á los representantes de España en la Habana, para que se compadezcan de estos cuerpos sanos, que estamos pasando muchísima hambre por no tener trabajo.

Algunos de nosotros tenemos, ó teníamos, 65 pesos cuando vinimos del campo para quitar el medio pasaje que nos cuesta 60 aproximadamente, y como llevamos ya cinco días en la Habana, tenemos que pasar mucha hambre y dormir por las afueras de la Habana, comiendo

pan y agua; así que nos dirigimos á usted, aunque no sea español, para que haga un esfuerzo que, aunque no somos de la misma nación, somos hermanos.

Le anticipamos las gracias. Quedan de usted, señor, que le bendecirán y nunca se nos olvidará este favor. —Los súbditos españoles.»

El director de *El Mundo*, al que me unen lazos de gratitud, no necesita excitaciones para que haga cuanto pueda en favor de los infelices que se ven obligados á regresar á España. Por esto no se las hago.

Aquí no podemos hacer nada por ellos. Estamos dedicados casi exclusivamente á contraer méritos para alcanzar la bienaventuranza eterna, y no debemos distraernos de tan santa ocupación.

El artículo anterior comprueba la veracidad de mi aserto.

Hombres y cosas

FOTOGRAFIAS TRISTES

Apenas sucede un crimen, una desgracia, una catástrofe, alguna calamidad de esas que conmueven á la opinión, ensanguida empieza á evolucionar la vanidad, cayendo en los profundos abismos de la chocarrería y del ridículo.

La Prensa llamada *ilustrada* (por lo visto la otra es ignorante y n-cia) es la alcahueta y cómplice de las risibles majaderías que llenan sus páginas y que hacen pensar cuán flaco y deleznable es el hombre y cómo se ingenia para sacar de todo partido por halagar su orgullo y acaparar la atención de los demás.

Una tristísima y reciente catástrofe ferroviaria ha puesto de relieve una vez más esta plaga moral que censuramos. No hemos echado una mirada á los diarios y revistas de monos sin tropezar con grabados y leyendas como estas:

«La desventura la señorita X. en su tocador, hija del acaudalado comerciante M., que acaba de perder la vida en el terrible choque.»

Y la tal desventurada adopta una postura interesante, se ha colocado muy bien los pliegues de la bata y utiliza el cuello á lo Bertini, jugueteando con su collar. En realidad, allí no se ve desesperación, tristeza ni amargura, sino una pose que hace más antipática su figura. Dan ganas de desear que hubiera ocupado el puesto de su padre.

«La viuda y huérfanos del heroico empleado Tal, que tuvo una muerte espantosa en la terrible desgracia.»

Estos ya están más en carácter; mirada lánguida, actitud humilde, cabeza baja, todas las de la ley que requiere una tristeza con vistas al objeto. A la legua se ve que el fotógrafo ha ordenado el grupo para hacerlo más interesante y la escena más allegada á la verdad. Pero, ¿qué pena filial, de esposa, se presta á estos ademanes estudiados cuando el corazón está lacerado por un dolor tan terrible? Y, además, ¿con qué derecho usufructúan los que quedan la muerte y la desgracia del que falleció, para llamar la atención y dar pábulo á su vanidad?

A veces llega á más la *ilustración*. Se desentieran recuerdos y actos de la vida

del muerto, reproduciendo fotografías de su vida pasada que en nada interesan al público.

«Retrato del conocido sportman señor Mochales, vilmente asesinado la noche del jueves pasado, con motivo de una fiesta íntima.»

Y allí aparece el muerto con pantalón ceñido, jaleado por amigos y amigos, marcándose un tango en un merendero sevillano. Al ver á aquel tipo en tal guisa, siente uno casi pena de no conocer al asesino para felicitarle efusivamente.

«Útima fotografía de la señora Tufa, aplastada por un automóvil el viernes, frente á la Universidad, jugando con su perro *Llepon*.»

«El esposo de la suicida Enriqueta al comunicarle la noticia varios amigos y vecinos.»

Hay que ver los esfuerzos que hace aquel pobre hombre para componerse el rostro de circunstancias y dar á su mirada un matiz de dolor profundo, y hay que admirar también las suntuosidades y gestos de amigos y vecinos, su prurito por destacarse en primera línea, los ademanes estudiados. Uno de ellos hasta tiene en la mano el vaso en que la suicida se tomó el veneno.

La verdad es que estas fotografías *tristes* nos dan unas ganas locas de reír y de fustigar á voces lo infinita que es la majadería humana.

FRAY GERUNDIO

Por verse acusado injustamente de ladrón un joven en el Palace Hotel, intentó suicidarse con una hoja de máquina de afeitar.

Si todos los que en España son hoy ladrones de veras les diese por imitar á ese inocente joven, y tuviéramos la fortuna de que remataran la suerte, disminuiría considerablemente el censo de población.

Milagro viejo

Al leer el artículo que en Abril me envió *Fray Gerundio* referente al milagro (?) realizado días antes en Florencia por la Virgen, condenando á ladrillo perpetuo á un individuo que rozó el hocico de un perro con su divina faz, creí recordar que hace años me ocupé de esta patraña; mas como ya no me fio de mi memoria, callé prudentemente.

La casualidad ha hecho que, buscando otro dato, haya tropezado ayer en la página 226 de mi libro *En serio y en broma* con este artículo publicado en *EL MOTIN* en 1913:

«Prensa falsaria»

Refiere la clerical que por los alrededores de Lucca paseaban dos jóvenes amigos.

Uno de ellos, al pasar por delante de una imagen de la Virgen que estaba en una hornacina junto al camino, saludó respetuosamente quitándose el sombrero.

El otro burló de él, y añadiendo á la burla el sacrilegio, azuzó su perro contra la imagen, y lo acercó á ella diciéndole: «Bésala.»

En el momento mismo sintió que le faltaban las fuerzas y cayó al suelo completamente inmóvil, víctima de una parálisis.

Su amigo y otros transeúntes trataron de socorrerle y ayudarle, mas en vano; tuvieron que llevarle en un coche hasta su casa, donde asistido por los médicos pudo recobrar el sentido, mas no la palabra. Siempre que trataba de hablar, sólo salían de su garganta sonidos semejantes á los ladridos de un perro.

Muchos vecinos acuden á la casa del blasfemo, y se retiran horrorizados al escuchar los ladridos que lanza cada vez que quiere hacer uso de la palabra.

No está mal urdido el cuento para desahuciar monedas del bolsillo de los creyentes; de seguro que lo inventaron entre un pillastre y un cura, que son por regla general los que preparan estas farsas. Cuando no es un fraile.

El timo del milagro se da hoy con más frecuencia que el del cartucho de perdigones.

Entre ese milagro y el relatado últimamente por la Prensa italiana y difundido por la española, no existe otra diferencia que el de haber localizado ahora en Florencia lo que antes en Lucca.

Esa *reprise* demuestra que el primero produjo bastante metal acuñado, y por esto le han dado el segundo golpe.

Y como á los protagonistas de estos infandios se les paga bien, seguramente hay ya en España quien está aprendiendo á ladrar para que lo contraten de chuchó, si dentro de seis ó siete años acuerda el clericalismo que sea en España donde se le dé el tercer golpe á ese milagro.

En una iglesia de la rambla de Cataluña sustrajeron á una señora del bolsillo de mano una carterita que contenía 250 pesetas, un resguardo del Banco acreditando el depósito en la Deuda de 47 500 pesetas y varios documentos.

A este paso, llegará día (me lo da el corazón) en que los devotos tendrán que registrarse cuidadosamente los bolsillos antes de salir de su casa para dirigirse á la de Dios, en previsión de que no le limpie lo que lleva algún aficionado á oír misa.

¡Se van dando ya tantos casos como el de esa señorial!

LA GRATITUD

EL COMEDOR DE LA FAMILIA RAPO-SILLO.—MOBILIARIO RICO, PERO DE MAL GUSTO —LA SEÑORA, QUE ESPERA A SU MARIDO PARA COMER, ESTA IMPACIENTE.—POR FIN SUENA EL TIMBRE.

ELLA.—¡Vaya una hora de llegar! ¡Josiña, la sop! (Entra el pálido y descompuesto y se deja caer sobre una silla.—Ella le contempla con ansiedad.)

EL (gimiendo).—¡Qué desgracia!... ¡qué desgracia!...

ELLA (sirviendo la sopa).—¿Qué te ha pasado?

EL.—¡Mi cartera!

ELLA.—¿Cómo? ¿Tu cartera?...

EL.—¡Perdida!

ELLA (dejando caer la cuchara).—¡Tu cartera!...

EL.—¡Con cuarenta billetes de mil pesetas que acababa de sacar del Banco!

ELLA.—¡Cuarenta mil! (la sofoca la ira) La semana pasada pierdes un paraguas flamante; hoy tu cartera... ¡Cuarenta mil!... (más sofocada.) Pero ¿dónde? ¿cuándo? ¿cómo?

EL.—Yo qué sé.

ELLA.—¡No lo sabes!... ¡qué conductal! ¡Ah! razón tenía mi pobre madre al decirme: «Tu marido será siempre un imbécil.»

EL (humildemente).—Aún hay esperanza... Mis señas están en la cartera... Tal vez la persona que la haya encontrado...

ELLA (con ironía).—Te la va a traer, con los intereses al seis por ciento, ¿verdad?... No digas necedades... Si te encuentras tus cuarenta mil pesetas, ¿las devolverías?

EL (ofendiéndolo en su probidad).—¿Por qué no?... Si fuesen valores nominales...

ELLA.—Sí; ¿pero en billetes de Banco?

EL (con desesperación).—¡Ay! de todo corazón daría la mitad a quien...

LA DONCELLA (entrando).—Señorito, hay un hombre que desea hablar con usted... se trata de dinero...

ELLA.—A buen tiempo llega. Dile que el señorito ha salido.

LA DONCELLA.—Es dinero que trae para el señorito... Y una cartera.

EL (dando un salto en la silla).—¡Mi cartera!... ¡que entrel... ¡que entrel... ¡que entre en seguidal!

(La doncella introduce un pobre diablo.)

EL POBRE DIABLO.—Es una cartera que he encontrado en la acera, junto a la puerta.

ELLA (arrancándole la cartera de entre las manos).—¡Ah, mi buen amigo! ¡Cuánto se lo agradezco! Sepa usted que no trata con un ingrato, y...

ELLA (igualmente).—En vez de entregarte a esas ridículas protestas, mejor sería que mirases si está la cuenta cabal.

EL (con frialdad).—R zón tienes. (Abre la cartera y cuenta.) Uno, dos, treinta y nueve, cuarenta... ¡Están todos, todos!

ELLA.—¿Tienes la seguridad que no había más de cuarenta?

EL.—¡Demonche! ¡A no ser que el cajero se haya equivocado!

ELLA.—Todo puede ser. (Exhalando un suspiro.) El que es tan bestia que pierde su cartera, tiene que resignarse a hacer sacrificios.

EL.—No hablemos de eso. (Al pobre diablo.) Vaya, querido amigo, quiero... (Rebusca en el bolsillo de su chaleco.)

ELLA.—¿Qué haces?

EL.—A ver si tengo suelto para recompensar a este buen hombre... (Sacando un billete.) ¿Leva usted cambio de mil pesetas?

EL POBRE DIABLO (protestando por el qué dirán).—¡Ojalá no vale la pena...

EL (insistiendo).—¡Sí, sí tal! ¡Conque no lleva cambio!... ¡Demonche! Tengo empeño en que acepte usted algo. (Llamando.) ¡¡¡¡¡

LA DONCELLA.—¡Señorito!

EL (con tono de hombre que no repara en gastos).—¡Josefina, acompaña usted a ese bravo muchacho a la cocina... y sirvale usted un vaso de vino generoso.

(El pobre diablo se retira sin dar las gracias.)

ELLA (corriendo tras de la doncella).—De vino comúa, ¿eh? (Volviendo.) Demasiada recompensa es. Al fin y a la postre, no ha tenido más trabajo que subir la escalera.

EL (dando vueltas a la cartera y gruñendo).—¡Bien pudiera haberselavado las manos!

ELLA.—¿Quién?

EL.—¡Ha manchado mi cartera con sus patas sucias. ¡Una cartera de quince pesetas!

ELLA (amargamente).—¿Cuál le tiene sin cuidado después de haberse bebido el vino.

EL.—¡Bribón!

ELLA.—¿Y su ficha? ¿Has visto aquella cara paubiliaria?

EL.—Sí; es un tipo a quien no me gustaría encontrar de noche en calle solitaria.

M. THIVARS

Los ojos de la santa

Cierto andaloz se villano, que le daba un susto al miedo por su mentir soberano, vindo con un arcadiano la catedral de Toledo, coro y claustros recorría, altares examinaba, y a creer lo que decía, de todo cuanto miraba, de todo en Sevilla había.

Amostazado el vicario y harto de tragar veneno, al bajar del campanario le llevó junto a un armario de santas reliquias lleno.

Y allí, sacando una llave, abrió las hojas con maña, y...—Por si usted no lo sabe, de esto no hay en toda España, dijo el cura en tono grave.

—¡Veremos!—el sevillano respondió con mucho aquel, mientras el pobre arcadiano de mala gana y con hiel, echó a las reliquias mano.

—Esta es la pierna y rodilla del glorioso San Antero, dijo al darle una canilla.

Y contestó el embustero:

—¡La otra tienen en Sevilla!

—Este, aunque algo deshecho, el pie izquierdo es de San Gil, dijo el padre con despecho.

Y respondió el zascandil:

—En Sevilla está el derecho!

Miró el cura de través,

y bufando como un potro,

—de Santa Polonia es,

dijo, esta muela; y el otro:

—En Sevilla guardan tres!

Fué a contestar el vicario,

y por no meter la pata

se encará con el armario,

y un rico estuche de plata

sacó de entre aquel osario.

Miró al terne, abrióle en pos,

y luego con voz bravia,

—son los ojos ¡vive Dios!

dijo, de santa Lucía;

pero, observe usted... ¡los dos!

—¿Los ve usted?—¡Cuenta cabal

dijo el mirando, no es grillal

y añadió con mucha sal:

Pos misté, será casual,

¡pero aún hay otro en Sevilla!

LA SOLITARIA

En 1620 elevó al rey la ciudad, entonces villa de San Sebastián, un memorial para que no se autorizase el establecimiento en ella de un convento de jesuitas, alegando las siguientes razones.

«... porque aunque los dichos Padres no andén ni dentro de puerta en puerta, con todo respeto de su industria granjearán más que los demás, con que se viene a arruinar la dicha villa totalmente y servirán más de embarazo tanto número de Religiosos y Eclesiásticos respecto de los pocos obreros y causar mayor desigualdad entre los vecinos de la dicha Villa estas parcialidades...»

«... aunque no era de presumir que Religiosos habrían causado tantas ocasiones y alboroto con tanto peligro de perder la dicha Villa, y después que intentaron esta pretensión, no se tiene el amor que se requiere entre padres e hijos, entre hermanos y parientes por la variedad que entre ellos hay; con todo se tiene por cierto que sus mismos dichos han dado motivo y ocasión a ellas para que por esta vía la dicha villa y comúa convenga en la pretensión de los dichos Padres, con tan grandes daños como a la dicha Villa se le siguen de ella.»

«... es fuerza haya de extinguir mucha vecindad y casas con la suya, además de los disgustos, sinsabores y pleitos de que hay larga experiencia en otras partes.»

«Estos mismos fundamentos los aprobó el Consejo de Estado, cuando designados los dichos Padres de obtener la dicha licencia por el Consejo, contra declaraciones, autos y ejecuciones, la oídieron en Estado, con la simulación, silencio y traza de que tanto usan en este negocio.»

En este mismo documento se menciona el hecho de que la ciudad de Victoria rechazó también la institución jesuítica «no obstante ser de más población, lugar más espacioso, común más rico.»

Esto dice claramente que la Compañía de Jesús ha tenido iguales mañas en todos los tiempos, y que los buenos católicos andaban ya escamados con ella hace 300 años.

¡Y queremos regenerarnos teniendo entre nosotros ese terrible agente de descomposición!

Mientras no estirpemos esa solitaria y todas las parecidas que se albergan en el cuerpo de la nación, serán vanos cuantos esfuerzos hagamos para regenerarnos.

El perro del cura

Acababa de entrar en el café de las Tres Columnas cuando advertí que un negro, sentado en una mesa de un rincón, me saludaba afectuosamente.

—Me ha tomado por otro—pensé sin hacerle caso.

Pero nada, cada vez que se encontraban nuestra miradas, volvía a saludarme de nuevo, hasta que, vista su persistencia, le devolví el saludo. No esperaba otra cosa

para correr y precipitarse en mis brazos. Entonces reconocí en él a un antiguo camarada de colegio. Era nada menos que hijo de un rey del Senegal, que lo había enviado a Francia a estudiar y *européizarse*, y, efectivamente, había aprovechado bien el tiempo.

Me contó que había sido mozo de baños, camarero de café, vendedor ambulante, y que finalmente se había dedicado a educar perros.

—Sí, sí—me dijo, aceptando el *bock* que yo le ofrecí,—siempre he tenido un singular cariño a los perros. El último que he educado es el de un señor cura. Supe que era muy aficionado a los perros y me presenté a él.

—Buenos días, amigo—me dijo al verme.—¿Viene usted a que le bautice?

—Buenos días, señor cura. No puedo bautizarme, porque soy negro. Vengo a hablarle de perros. El perro es un animal muy inteligente; más que el caballo y que el camello.

—¿Siente usted—me dijo el cura—y tome café.

Enseguida dió un silbido y entraron tres perros gritando: ¡guau, guau! El uno era pequeño y blanco, el otro un gran terranova, y el tercero una perrita negra.

—Vea usted mis animalitos—me dijo—son mis amigos, más leales que los hombres, y me obedecen en todo. El negro me sirve de criado; me lleva el bastón, va a buscar mi pipa, y hace una porción de habilidades; no le falta más que hablar.

—Pues yo, señor cura, soy profesor de perros y los enseño a hablar. Aprendí esta ciencia en el Senegal.

—¿Que usted enseña a hablar a los perros?

—Sí, señor. He enseñado a muchos en América; y si usted me deja esa perrita negra, en veinte días sabrá pronunciar muchas palabras.

—¿Y cuánto me costará esto?

—Pues diez francos al día, durante un mes.

Entonces el cura me dió la perra y el dinero diciéndome:

—Ya me la traerá usted cuando sepa hablar.

Tomé el dinero y la perra, me fui a París y vendí la perra en cincuenta francos; y con todo aquel dinero entré en el *Moulin Rouge*, donde me divertí mucho cenando con una muchacha muy bonita.

Cuando se me acabó el dinero, volví a ver al cura y le dije:

—Buenos días, señor cura. La perrita está muy bien y ya empieza a pronunciar; con diez lecciones más que dará corriente.

Me dió cien francos, y volví a París a gastarles alegremente. Cuando se me acabaron, corrí a casa del cura, poniendo cara muy con purgida.

—¿Y qué, va bien la perra?—me preguntó al verme.

—No, no, señor; no va del todo bien.

—¿Sabe ya hablar?

—Ah, eso sí! Habla tan bien como yo, pero es una mala persona.

—¿Que la perra es mala!

—Pero muy mala. La semana última me paseaba con ella por las orillas del río y le dije:—Hace muy buen tiempo.—Y respondió:—Sí, muy bueno.—Y seguimos paseando, cuando de repente me pregunta:

—¿Y qué dice aquel viejo?

—¿Qué viejo?—le pregunté.

—¿Pues toma, el cura, mi amo! ¿Qué tal le va?

—¿Está bueno?

—Sí, muy bueno—le dije.

—¿Y tiene todavía la costumbre de acostarse con la cocinera?

Entonces yo, furioso al oír aquella lengua calumniadora, le di un terrible puntapié, dió una voltereta en el aire y cayó muerta dentro del río.

—Muy bien hecho, querido amigo—me dijo el cura,—muy bien hecho.

Y me despidió dándome otros cien francos

GEORGE AURIOL

Un cura que iba a predicar a un pueblo tuvo que hacer noche en el camino, y se hospedó en una venta, donde fué víctima de todas las calumnias posibles, desde la indigestión hasta las chinchas.

Al día siguiente, al pagar el gasto, preguntó al ventero:

—¿Y qué tal?... ¿Se hace negocio?

—¡Ay, padre!... No señor: se pasan las semanas enteras sin que parezca por aquí alma viviente.

—Pues yo me encargo de acreditar la casa; desde mañana impondré por penitencia a todo el que se confiese conmigo que pase una noche en esta venta, que es una especie de purgatorio.

Quisicosas clericales

LA CRUZADA DE PACHÍN

Como cruzado a Judea fue de escudero Pachín con el abad de la aldea de Serín.

Para hacer un relicario juró traer a su amor un pedazo del sudario del Señor.

Pero Pachín no sabía que si Dios bajó a morir, volvió al cielo el tercer día a subir.

Y si la tumba sagrada no encerró a Cristo jamás, ¿qué halló en ella? ¡Polvo y nada, nada más!

—«Por un sepulcro vacío—Pachín se atrevió a decir,—¿cuánto hombre viene, Dios mío, a morir!»

Y sin lograr los tesoros que al ir pensaba traer, le vuplearon los morros al volver.

Perdió la fe en tal jornada y se condenó por fin. Así acabó la cruzada de Pachín.

RAMON DE CAMPOAMOR

TEORÍA Y PRÁCTICA

Como el mosto y la comida abundan en el convento, siempre con ganas de bulla se encuentran los reverendos.

Tras de la manducatoria organizan un concierto, y no hay fraile que no empuñe su respectivo instrumento. Uno toca el clarinete, otro golpea el pandero,

y con el violín alguno deja chico a Monasterio. Hay frailluco que se arranca por cante y baile flamenco, y que olvida el canto llano cuando de vino está lleno. Hasta el gato de la casa toma parte en el jaleo, pues la gata de las monjas vecinas lo traen revuelto. Así en estas distracciones pasan santamente el tiempo, y que vayan y les digan: «¡Hermanos, morir habemos!»

Una dama encapetada fué a entrar en Santa María, y se sintió molestada por la mano descarada de un mendigo que pedía.

—¡Socorra usted a un desgraciado!

—Será usted acaso un pillo.

—¡No he comido y soy honrado!

—¡Apártese de mí ladro!

(Y echó un duro en un cepillo)

—¿Continúa usted prestando dinero, doña Remedios?

—¡Claro!—Y al pobre explotando?

—¡Para poder ir tirando, son buenos todos los médicos!

—Mas señora, ¿y la conciencia?

—No tengo por qué temblar; yo confieso con frecuencia,

cumplo bien la penitencia...

—Y después... ¡Vuelta a... pecar!

La mujer de un hombre ansioso por el vino, muy sincera a un santo muy milgroso pidió que el vino su esposo para siempre aborreciera.

Y, en efecto, se mostró con ella el santo clemente, pues el vino aborreció y ya no se emborrachó...

nada más que de aguardiente.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Gelsa.—M. Falcón. Abonada su suscripción a fin Septiembre 1921.

Puertollano.—A. Gorzalo. Id. a fin Agosto 1922

Coruña.—José Mejuto. Id. a fin Diciembre 1922.

La Felguera.—F. Velasco. Recibido su giro de 30 pesetas a cuenta.

Gibraltar.—J. Fernández. Id. de S. Conforme.

Barcelona.—Pedro Vilalta. Id. de 49,50. Conforme.

PARA LOS OBREROS

FOLLETO DE JUAN PÉREZ

PRECIO: UNA PESETA

A los que pidan diez ó mas ejemplares y a los suscriptores y corresponsales de EL MOTIN se les hará el descuento del 25 por 100, cargándoles franqueo y certificado.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.